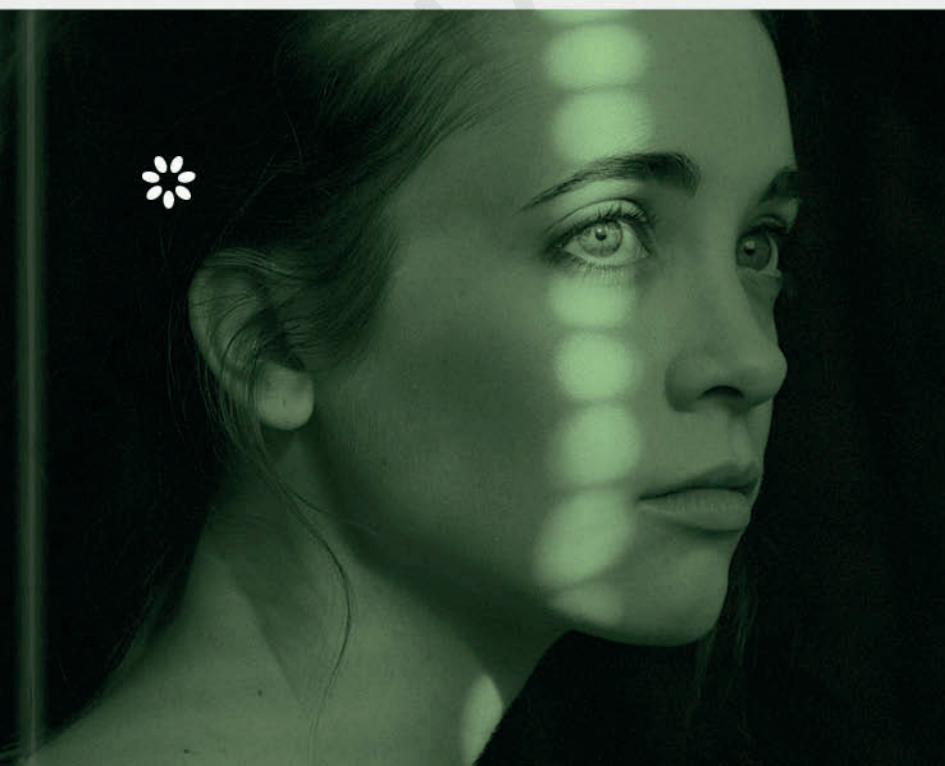


Libros del Asteroide 

Nerea Pallares
Punto de araña



Hilemos, señores,
es tiempo de relevar
a las Parcas.

Hilos, CHANTAL MAILLARD

Aeternumque manus carpebant rite laborem.
Sus manos cumplían ritualmente su tarea eterna.

Poema número 64 v. 310, CATULO

Destejer

Libros del Asteroide

Fueron los ojos.

Y podría haber sido otra cosa. El mar salvaje y sin orilla, subido al asfalto en cada ola, que nada más llegar me mojó los pies. O quizás mis propias sensaciones: la lengua que se hizo sal, el pelo al viento en vertical como tentáculos de medusa y sentir que los cruces de tierra y musgo que componían los caminos de aquel pueblo me convocaban. O podría haber sido ese extraño espíritu que todo lo habitaba: el viento que azuzaba el agua y azotaba las puertas de las casas, la boca de la bahía abierta entre faros, las nasas tendidas en el puerto como un gran lomo de escamas, ocre, verde y gris, enroscado y adormecido. Ese pueblo-reptil que se había despertado embravecido, haciendo sonar la música violenta de los mástiles. Un laberinto que con su vendaval me llamaba.

Pero fueron los ojos.

Y no los de los habitantes, que aquel día eran ojos esquivos y hechos a ráfagas. Me di cuenta de que evitaban mirarse cuando en el cementerio abrieron un corro para dar sepultura a un ataúd y me dijeron que dentro había una niña. Hacía apenas unas horas que acababa de llegar

y dejar en mi nueva casa las maletas, cuando me encontré con todo el pueblo reunido en aquel entierro. No faltaba nadie: por las calles vacías solo pasaba el temporal. En otras circunstancias nadie le habría dado explicaciones a una desconocida como sí hicieron conmigo, pero en mi caso era distinto porque ya sabían que era Ari, la del museo, la que había ido para quedarse, así que, de alguna manera, intentaban ponerme al tanto. Mientras el cura predicaba al fondo, entre susurros, las mujeres me hablaron del naufragio y de cómo el mar había escupido a la niña en la arena de Reira. Sacudían la cabeza en una negativa vehemente. Fue a navegar con el padre, le estaba enseñando a la niña a andar al mar, pero dime tú a quién se le ocurre salir con las mareas vivas. Pa' qué vale eso, dime tú, *pra procurar unha desghrasa e nada máis*. Y mira que la madre se lo dijo bien claro, hoy de aquí no la llevas, contigo no va, pero este nada, ho, así como le salió la mujer por la puerta, le faltó tiempo a él para marchar con la niña, ¿no sabes? Murmuraron algo más sobre aquellos hombres, estos merdentos que piensan que todo tiene que ser como dicen ellos. Y no es así, ¿eh? *O conto non vai ser así*, que aquello había sido demasiado y que iba a tener consecuencias. Y dijeron algo más sobre eso, sobre las consecuencias, que no escuché o que no entendí, que no entendería bien hasta mucho después, en cualquier caso. Fue entonces cuando me giré y los vi: aquellos ojos que también me miraban.

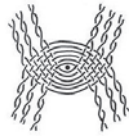
De entre todas las señales posibles cuando llegué a Camariñas, fueron sus ojos los que me lo revelaron.

Y no fue porque me preguntase, desde el primer contacto visual, si en aquella mirada dura y sin parpadeo con la que aquella mujer me agujijoneaba estaba, quizás,

el dolor de esa madre a la que no habían hecho caso. No fue eso, sino otra cosa que supe enseguida a través de ellos. Los habitaba algo más allá de lo humano.

Pasaría mucho tiempo hasta que volviese a ver a esa mujer de nuevo.

Libros del Asteroide



(Hay un monte.)

(Hay una cima.)

(Hay un claro.)

(Hay un centro.)

(En el centro hay tres viejas.)

(Tres hermanas.)

(Hay un coro.)

(Hay cientos de mujeres en círculo.)

(Son un coro.)

(Hay un coro de mujeres.)

(En el centro tres viejas.)

(Hay vestidos blancos.)

(Hay vestidos de lino.)

(Trajes de otra época.)

(Cestas con flores de tojo.)

(Cestas con encajes.)

(Cestas con palillos.)

(Hay quietud.)

(Hay silencio.)

(Silencio.)

(Quietas.)

(Luego ya no hay silencio.)

(Luego las tres viejas hablan.)

(O no.)

(Hay tres viejas que hablan.)

(Hablan)

(una)

(detrás)

(de la otra).

(Hay un coro que asiste.)

(Hay un coro que obedece.)

(Un coro de mujeres vestidas de blanco.)

(Son trajes de otra época.)

(Hay escucha.)

(En realidad, no hay sonido.)

(Se entienden desde dentro de las cabezas.)

(En realidad, las viejas dicen.)

(En realidad, el coro asiente.)

(Hay órdenes muy claras.)

(Repetidas por las viejas.)

(Repetidas por el coro.)

(Repiten.)

(Repiten.)

(Repiten.)

(Hay una fecha.)

(Hay un tiempo detenido.)

(Un tiempo fuera del tiempo.)

(*Un tiempo eterno.*)
 (*Un tiempo que retorna.*)
 (*Un ciclo.*)

(*Y en medio una fecha.*)

(*Hay un lugar que no.*)
 (*Un lugar fuera de las estancias.*)
 (*Un lugar de reunión.*)
 (*Hay una reunión.*)
 (*Siempre.*)

(*Tres arañas*)
 (*y un coro*) (*de cientos de*)
 (*arañas blancas*)
 (*arañas de lino*)
 (*arañas encajeras*)
 (*cientos de arañas*)
 (*arañas en huelga*).

(*Hay una reunión*)
 (*una reunión que ya hubo*) (*cuándo*)
 (*por los siglos de los siglos*)
 (*una reunión que ya hubo*) (*siempre*).

(*Hay una reunión.*)
 (*Hay una fecha.*)
 (*El dieciséis del siete.*)
 (*La Virgen del Carmen.*)

(*Hay una reunión.*)
 (*Hay una fecha.*)

Jamás se lo confesaría a nadie de la cofradía, pero a Lita había algo de aquella tarea que la excitaba. En ese trabajo a contrarreloj, de apenas dos horas antes de la bajar y hora y media después, le calibraba a la vida sus dimensiones, se la jugaba. Los mejores percebeos, esos bien gorditos y rellenos que se llevaban las grandes pujas de la lonja, elegían los acantilados donde el océano batía con más fuerza. Se diría que también a ellos les gustaba el riesgo y se alimentaban de la bravura de las olas. Ella estaba convencida de que era por eso por lo que sabían tan bien, se bebían toda el agua. A Lita le encantaba apañar a manos llenas ese botín salado de crustáceos sin ojos, enfundada en el neopreno y con los graznidos de las gaviotas a pico cerrado sobrevolándole la nuca. Del mar había adorado siempre su fiereza imprevisible y ambivalente, todo te lo daba y todo te lo podía quitar. En ninguna parte se había sentido tan viva como al filo de una roca.

Seguro que a ellas también les pasaba, no hacía falta que lo dijeren. No solo a las de la cofradía, también a las de la conservera, a las palilleiras y a las redeiras, que

muchas veces, además, eran las mismas y alternaban oficios, como Lita, que durante treinta años había mariscado quince días al mes, otros tantos días había enlatado sardinas —abriéndolas en abanico con un toque de pulgar— y cada noche había cosido las redes que su marido llevaba a bordo. Todas podían sentir la voluntad que gobernaba el mar y el viento y sabían bien que se trataba de un espíritu indomable que, de alguna manera, le había atravesado el carácter a la gente del pueblo. Conocían el secreto: para relacionarse con el océano, la cuestión era tener presente que se estaba ante una fuerza libre y salvaje y, como tal, no querer dominarla sino fluir con ella. Lo hacían así las nasas que dejaban pasar el agua a través para recoger del mar solo lo necesario. Las redes bailaban con las olas cuando, en sus idas y venidas, contemplaban un hueco, la única forma de acariciar por un momento aquel espíritu. Por eso todos los tejidos en Camariñas, hasta el encaje, estaban hechos de calados.

Del mar venían las mejores y las peores historias. Sus amigas, reunidas en las tardes de palillo, siempre la incitaban a que contase aquella en la que un vecino la había salvado. Y entonces cómo fue, Lita, aquella vez que te morreara el Toñito. *'Tá calada, ho!* Qué me iba a morrear, más quisiera él, respondía ella divertida y empezaba a contarla. Lo que sí fue cierto es que ese día casi me muero de verdá. Andaba en los percebeos y me cogió una ola grandísima, no la vi venir. Pero mimá... Cuando reviví y estaba el tipo aquel encima haciéndome el boca a boca y me di cuenta de que le faltaba un ojo... Casi me ahogo al momento otra vez. Y entonces, sobre el clin-clin-clin de la cadencia de palillos, se imponían las risas de todas. Pero otras veces el mar arrebatava y

de él venían también las historias de los desaparecidos y de los ahogados. Como la de aquel día que Lita escuchó en boca de Xela, cuando la fue a buscar al puerto. Xela corría sofocada hacia ella y le gritaba María, María, María y Lita preguntaba, pero qué María, ¿mi hija?, sí, Lita, María y el cuerpo, la playa, los pedazos. Después de aquel día Lita tomó dos decisiones: la primera fue divorciarse del marido, la segunda se gestó en la sede de la asociación. Congregadas, dos días antes del entierro de la niña, todas las palilleiras del pueblo —Lita entre ellas, sentada en silencio, con el dolor intacto— sabían lo que había sucedido realmente y tomarían la otra decisión. La que estaba a punto de cambiarlo todo.

Mucho les tenemos aguantado, no me jodas. Tienes razón, mujer, y no les podemos aguantar más. Siempre había sido igual, lo contaban también sus madres y las madres de las madres de sus madres. Decidían sin tenerlas en cuenta y eran los dueños del dinero, incluso del que hacían comerciando con los encajes que elaboraban ellas. Iban y venían del mar, si había explicaciones siempre eran escasas, desaparecían por meses y por años y, a veces, incluso, formaban nuevas familias al otro lado del océano. Algunos volvían después de toda una vida solo para morir, cuando eran viejos, estaban enfermos y querían que fuese su primera mujer quien los cuidase. Ja, cabrones. A los hombres del pueblo se les daba muy bien pensar solo en sí mismos. Aquellos hombres anfibios, egoístas y ausentes. Entretanto, generación tras generación, ellas habían continuado tejiendo. Pero esta vez estaban hartas. La muerte de María había sido demasiado; desde entonces algo había cambiado en el ambiente.

Mientras sus compañeras hablaban, Lita continuaba callada. La mirada en el suelo. Aquí en el pueblo te hacen todos igual. Piensan estos que somos burras o qué. Que no sabemos a lo que andan. Oír, ver, callar y ya está. Pues no señor, no me da la gana. Chiruca, que llevaba toda la tarde escuchando a las demás, agarrando el hombro de su tía Lita como si así pudiese también sujetar su dolor, intervino de repente. Su rabia hablaba por ella en pequeñas descargas eléctricas. Hay que hablar de lo que es. Está claro que mi tío a las navajas no fue. ¿O no visteis cómo tenía la niña la pierna cuando dieron con ella? La imagen de la adolescente muerta sobre la arena, con la carne hecha volcán por la metralla, estaba ahora en la mente de todas. Asintieron. Solo se escuchó el repiqueteo de palillos. ¡Ese fue a los fardos y pagó la niña por él! Le pedía a la chavala que le hiciera de estaca, no era la primera vez. ¡Cómo iban a encallar! Chiruca se levantó de golpe, incendiada por sus propias palabras, y salió a fumar un cigarro. Le vertían los ojos. Desghrasiados, sacudió Xela la cabeza. Siguieron palillando calladas las demás, el silencio espeso. Fuera, Chiruca aplastó la colilla contra el suelo y volvió huracanada. Vamos a hablar claro. Muchos de vuestros maridos también andan en la fariña y ya está bien de hacer como que no. El dinero de las planeadoras trae la ruina. Algunas replicaron. Y qué piensas tú, con ellos ya se habló, Chiruca, ya se les dijo varias veces. Sí, mujer, sí, pero estos las palabras no las entienden, apuntó una. O no las quieren entender, matizó otra.

Entonces sonó una voz al fondo de la sala. Una voz ronca y preparada para todo.

Lita habló por primera vez. Pues habrá que hacerles entrar en razón de otra manera entonces. Las palillei-

ras la miraron sin decir nada; había dolores que de tan grandes solo se podían acompañar en silencio, así que se quedaron coreografiando su rutina de cada tarde sin añadir una palabra. Sirvieron café, cortaron la broa de sangre en quince pedazos y todas merendaron, menos Lita, que apartó su plato y se levantó para decir algo de nuevo. Dio un golpe en la mesa con el puño de una mano callosa y desnuda, ya sin anillos, y algo granítico en sus ojos les confirmó a todas las demás que la decisión ya estaba tomada. Se acabó.

—*Hai que chamar por elas.*

Esta vez el silencio fue rotundo y aterrado. Sabían bien a quiénes se refería Lita cuando decía que había que llamarlas, pero, por un momento, alguna tuvo la esperanza de que aquello fuese una confusión, quizás la habían entendido mal y no estaba pensando en algo tan drástico, pero no, Lita añadió a las tres viejas y no hubo duda. Tampoco parecía posible hacerle cambiar de opinión. Con todo, el murmullo fue inmenso, *toleou*, todas eran conscientes del riesgo que suponía lo que Lita estaba proponiendo, *esta muller toleou*, convocar a las tres viejas traería consigo cualquier consecuencia inesperada, *a última ves que se chamou por elas nin miña nai nasera*, cuando se les pedía consejo su intervención siempre era radical e imprevisible, *créocho ben*, un gobierno de otro orden, *o único que sabemos delas é o que contaba a xente de antes*, un poder absoluto que se escapaba a su control, *unha loucura*, pero ante el pánico del grupo y el rumor que se precisaba y se hacía cada vez más intenso, Lita insistió:

—*E se non as chamamos desta, cando as habiamos chamar logho?*

Nadie supo qué contestar. Se hizo evidente para todas que Lita tenía razón. Lentamente, las palilleiras asintieron y asintieron todas: las de Rendas y las de Puntillas, que llevaban años peleadas y siempre se contradecían, pero tuvieron que vencer su rivalidad histórica porque sabían que ante una decisión así era importante estar unidas.

Y pronto lo prepararon todo para hacer la llamada a la otra parte.

Libros del Asteroide